

# El buen rey Enrique V

*María Velasco Blanco \**

El siglo XVI vio surgir en toda Europa la estrella política de la monarquía absoluta. Atrás quedaba la época tumultuosa en que los grandes señores feudales, ricos como reyes y a menudo más poderosos que ellos, encabezaban rebeliones y luchas internas.

El monarca, sus derechos y responsabilidades, era el verdadero eje de las nuevas (y antiguas) naciones.

Acaso por esto, Shakespeare dedicó largos años de estudio histórico y meditación política al tema de la monarquía. Sobre ella tratan sus dos tetralogías y las piezas aisladas que se suman a éstas, es decir, un total de diez piezas de extraordinaria fuerza dramática.

Sus fuentes principales fueron las crónicas de Hall, Holinshed y Daniel, estudiosos del pasado de Inglaterra y especialmente de la sangrienta época en que se libró la Guerra de las Dos Rosas. Después de ese caos de traiciones, peligros del exterior, enfrentamientos internos, abandono de los campos y las artesanías, sobrevino un período de hambre y miseria.

Sobre estas ruinas surgió la dinástica de los Tudor, que se presentó ante el país como la solución final y feliz de la discordias, una suerte de dichosa unión de Capuletos y Montescos, lazo de paz entre las dos casas rivales de York y Lancaster. Además, se proclamaba descendiente del último de los antiguos reyes británicos, llamado Cadwallar.

Inglaterra produjo, en aquel siglo, una pléyade de historiadores de talento, que tenían visión dramática del pasado y se mostraron capaces de una sagaz interpretación psicológica de los personajes que estudiaban.

Así Hall, cuya crónica abarca la historia inglesa desde Enrique IV hasta Enrique VIII. Los subtítulos de su obra son tan reveladores y claros que podrían ponerse como títulos a otros tantos dramas históricos:

1 - Los días inquietos del rey Enrique IV.

2 - Las victorias del rey Enrique V.

3 - La época tumultuosa del rey Enrique VI.

4 - El próspero reinado del rey Eduardo IV.

\* Profesora de Literatura inglesa y norteamericana de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador

- 5 - La lastimera vida del rey Eduardo V.
- 6 - Los hechos trágicos del rey Ricardo III.
- 7 - El gobierno político del rey Enrique VII.
- 8 - El triunfante reinado del rey Enrique VIII.

Cuatro reyes triunfales y cuatro monarcas de triste y dolorosa trayectoria.

El tema central de la obra de Hall es el mal del *desorden* ante las bendiciones que trae el *orden*; éste espeja la unión de Dios con la humanidad, aquél es la imagen del pecado. He aquí una filosofía de la historia de contenido claramente moralizador y didáctico.

Otro recio cronista isabelino fue Holinshed, cuya crónica -aparecida en 1587-, estuvo sin duda en manos de Shakespeare. Narra el pasado de los tres reinos: Inglaterra, Escocia e Irlanda.

No cabe duda que el público, en aquellos días, deseaba conocer menudamente los hechos del pasado nacional. Acaso por el renovado patriotismo, cuya llama se elevó con fuerza después del triunfo sobre la Armada Invencible. Tal vez por afán de conocimiento: acumular datos y (según tesis antiquísima de que la historia se repite), precaverse contra los peligros del porvenir merced a la experiencia del pasado.

A esos gentileshombres prendados de la forma, la historia prometía renombre eterno y les ofrecía sabiduría y una valiosa lección política.

Siendo Shakespeare niño, a raíz de una sublevación ocurrida en el Norte del país, Isabel I ordenó que se pronunciaran, en nueve domingos del año, sermones sobre los males del desorden. . . ¡Cuántas veces habrá meditado Shakespeare sobre la amenaza que se cernía sobre la prosperidad del reino!

El siglo XVI fue, en Inglaterra y en Europa toda, época de viajeros y exploradores, edad de grandes matemáticos, de controversia teológica, de profundización en la naturaleza del derecho, pero sobre todo, siglo de maduración política. El drama histórico surge como una luminosa lección de historia, destinada a educar políticamente a un vasto público.

Era el mismo pueblo que, durante el Medioevo, bebió su filosofía moral en el gran teatro religioso que la Iglesia Católica puso ante él con criterio didáctico y soberana eficacia.

A Shakespeare le preocupa más el encadenamiento causa-efecto que la idea de que los hechos se repiten. Tiene asimismo un enfoque religioso: el de que las calamidades que sufre una nación son castigo del Cielo a sus pecados.

Satisfizo el gusto popular al presentar un gran tema político: el repudio de la guerra civil, y al dar tono patriótico a sus dramas.

En esta serie de obras históricas, por encima de los reyes y de los héroes, hay un solo protagonista: Inglaterra. Ella domina el cuadro, ella está a punto de morir por la discordia de sus hijos y la amenaza de Francia, duramente purga sus pecados; pero al fin, perdonada por Dios, recupera la paz y la unión.

Recordemos que la postura protestante transfería a sus príncipes cierto carácter sacro: eran representantes terrenos de la autoridad divina y jefes de su iglesia nacional. Cualquier rebelión se volvía algo sacrilego, un puñal clavado en el pecho de la Patria, miseria y hambre para los conciudadanos. Sólo así se explica la aceptación de tantos actos de Enrique VIII e Isabel I que mutilaron las libertades públicas; y la obediencia total que esos altivos gentileshombres dieron a su reina. Servir a esa princesa iracunda y áspera fue, para ellos, obrar según la voluntad de Dios, y obedecer se convirtió en privilegio y acto de amor al país natal.

Muchos isabelinos consideran que la educación evitará el retorno de la guerra civil. Shakespeare también lo cree: en "La fierecilla domada", el esposo educa a su insoportable Kate; en "Penas de amor perdidas", cuatro mujeres educan a otros tantos caballeros, y en "Enrique IV", se trata largamente acerca de la educación del príncipe.

Tal vez quiso, en sus tetralogías, educar políticamente a esas gentes sencillas que llenaban los teatros: aprendices, soldados, estudiantes, mercaderes, enseñándoles el bien que obtiene una nación gobernada por un buen rey, y los peligros de las ambiciones y la discordia.

Por ello, todo su teatro histórico es un vasto estudio sobre la monarquía.

\*\*\*\*\*

La primera tetralogía, obra de juventud, comprende las tres partes del "Enrique VI" y "Ricardo III". Sigue luego una pieza aislada: "El rey Juan".

La segunda abarca "Ricardo II", las dos partes del "Enrique IV" y "Enrique V". Corona la obra "Enrique VIII".

El plan general es tan vasto que necesitó diez dramas para desenvolverse, y una década para escribirse; y sus puntos culminantes son los mismos que destaca la crónica de Hall: "El reino victorioso de Enrique V" y "Los trágicos hechos de Ricardo III", cuya muerte deshace el nudo de la usurpación y el crimen. "Enrique VI" es una pieza aún vacilante e imperfecta. No trata bien a Juana de Arco. Es que, para un inglés de la época, Francia era sinónimo de inestabilidad e intrigas más que de santidad. Inglaterra, ya culpable de usurpación, sufre la prueba que el Cielo le reserva: la "hechicería" de Francia. Su caballero es un soldado noble y valeroso, Talbot, pero las divisiones y enconos de los grandes señores lo llevan a la muerte.

Surgen de este drama dos figuras excelsas, Juana de Arco y Talbot, de fuerte relieve, ambos llenos de ruda franqueza militar, de esa gratitud y heroísmo que suele dar Shakespeare a sus hombres de acción.

El segundo drama de "Enrique VI" nos presenta la discordia, pero ahora entre las gentes humildes: laboradores, artesanos, navegantes. . . Un trío de figu-

ras reales ocupa la escena: el rey Enrique, el regente Gloucester y York. En uno aparecen las cualidades auténticamente principescas: fuerza de carácter, sutileza diplomática, derecho de linaje. Tiene las cualidades del león (majestad, valor, energía) y del zorro (astucia). Pero Shakespeare considera que, para ser un buen rey, era menester además poseer la condición simbolizada en las alegorías arcaicas por el pelícano, es decir, la capacidad de sacrificarse a sí mismo, la abnegación por un ideal.

Gloucester era león y pelícano, mas no zorro. Enrique era sólo pelícano. Ninguno de los tres era digno del trono.

En el tercer drama de "Enrique VI" estamos en la plenitud del caos, en el campo de batalla de Towton, en medio de un torbellino de crímenes.

El débil rey compara, dolorido, la paz de la vida de un pastor con el horror y la muerte que lo rodean y bendice al niño Richmond, profetizando que gracias a él volverá la paz a Inglaterra.

Las escenas del combate -encarnación del caos-, son largas y magníficas.

La médula del siguiente drama, "Ricardo III", es poner en claro cuáles fueron los misteriosos caminos de la Providencia para devolver a Inglaterra la armonía. Hay una serie de antítesis: orden y caos, crimen y castigo, obediencia y rebelión, y la misericordia de Dios ante su justicia.

En cuanto al rey mismo, es "la úlcera del cuerpo político"; él corporiza la tiranía, máxima deshonra y vergonzosa deformación de la monarquía. Ricardo no es únicamente un caso de compensación psicológica por una deformidad física (que muchos historiadores modernos niegan), sino también un ejemplo de voluntad casi sobrehumana, de increíble energía. Pero acaba despedazándose contra las mismas leyes morales que ultrajó.

En el drama aislado, Juan sin tierra es un personaje real sutilmente analizado, entronizado más por la fuerza y la astucia que por legítimos derechos hereditarios.

Las rebeliones se comparan sin cesar con el desborde de un río tumultuoso. Como hemos vuelto a tiempos medievales, los grandes vasallos juegan al monarca, y el vecino reino de Francia le envía amenazantes embajadas.

El hermano bastardo de Juan es una figura de mayor relieve que el propio rey; gracias a su firmeza, el país no se disgrega y sucumbe ante el poderío francés; él es una verdadera silueta real, león y pelícano a la vez, y no carece tampoco de la fineza del zorro.

En el largo desfile de mujeres enlutadas que pasan a lo largo de estos dramas sangrientos como un coro trágico, oímos en sus voces el acento de la Inglaterra doliente, despedazada por los odios y los crímenes de sus hijos.

\* \* \* \* \*

Shakespeare acudió a la crónica histórica de Daniel, joven tutor de los mozos de la noble familiar Pembroke hacia 1590. Su obra se titula "Historia de las guerras civiles entre las casas de York y Lancaster", y toma como modelo la "Farsalia" de Lucano. "Una tierra enferma de pecados -escribe Daniel- debe ser sangrada con mano dura por la herida de la guerra". Es decir que tanto él como Shakespeare ven los desastres como "medicinal castigo de la Providencia".

El "Ricardo II" es una pieza imperfecta, un poco rígida y ceremoniosa, como uno de esos tomos de la Edad Media en que se desplegaba toda la pompa militar, pero no corría sangre.

El tema central es la deposición de un rey legítimo. Ricardo II era hijo de los Plantagenet, los heroicos cruzados de Inglaterra. Ante él se yergue Bolingbroke, un usurpador, un ambicioso.

Las dos contrafiguras del buen rey son, en el teatro de Shakespeare, el usurpador y el tirano. El usurpador es el vil asesino del ungido de Dios, el ambicioso inicuo cuyo pecado recae sobre la tierra toda y la sume en el torbellino tremendo de la guerra civil. Es el perfil sombrío de Bolingbroke o la trágica figura de Macbeth.

El tirano envilece la corona y prostituye su reino: merece bien del país el que le arrebató el poder que indignamente detenta.

Ricardo II mantiene una corte a la antigua usanza, refinada, la corte de Chaucer, el período lujoso de los manuscritos iluminados y los tapices, la época de la aristocracia verdadera, no de los "arribistas" del siglo isabelino. Su antítesis es Enrique de Bolingbroke, audaz y sin escrúpulos. No sólo son dos hombres, son dos conceptos de vida los que se enfrentan: el mundo medieval es amenazado y al fin suplantado por un mundo nuevo, época de acción, de audaces, de improvisados, en tanto que la edad anterior había sido de contemplación, abolengo y tradiciones.

El verdadero héroe de las dos partes del "Enrique IV" no es el monarca usurpador, sino su hijo, el príncipe.

El futuro Enrique V debe hacerse digno de la corona que lo espera. Se halla ante dos extremos: Hotspur, encarnación del honor y de todas las virtudes caballerescas y militares, y Sir John Falstaff, símbolo de la deshonra, la cobardía, la mentira, el hedonismo y todos los vicios que acechan al hombre. El príncipe elige un término medio razonable: la caballerosidad y la templanza, que lo impulsan a dejar de lado a sus antiguos compañeros de borracheras y juergas juveniles.

Es la suya una noble figura, coronamiento de todos los monarcas débiles, mezquinos o criminales de las piezas anteriores. El mismo se define en sus monólogos, y lo describen sus actitudes y el afecto de cuantos lo rodean: su frivolidad de muchacho es más aparente que real, pues sabe muy bien lo que significa ser rey.



Su tragedia es saberse hijo de un usurpador, lo cual hace que la corona le resulte doblemente pesada. Acaso esto lo llevó a una evasión temprana hacia la vida disipada, la danza, los amoríos fáciles y las tabernas de Londres. Pero, si bien todo esto posterga la hora del deber y las responsabilidades, no la elude.

En cuanto a Falstaff, se siente perfectamente cómodo en el Londres del siglo XV, desde la corte hasta la taberna. No sólo es símbolo de torpeza y lozanía, es encarnación de una vitalidad inextinguible. Gordo, vejancón y alegre, es un anciano con emociones de niño, un niño eterno. A la vez cobarde y valentón, risueño y melancólico, compendia el vicio, el desorden, la anarquía, todo aquello que socava y mina la autoridad del rey. Por eso "es el enemigo natural del príncipe" y éste acaba por repudiarlo con dureza.

Después de haber trazado la figura del tirano y la del usurpador, Shakespeare debía plasmar la contraparte: la majestuosa silueta del buen rey.

Enrique V fue el rey inglés por excelencia: valeroso, sensato, bondadoso, lleno de prudencia y sobre todo "democrático", en cuanto gobernó dentro de la ley y no a impulsos de su capricho personal. El público isabelino quería -después de haber presenciado las frivolidades y excesos de la juventud principesca, de aquel desaforado Prince Hal de las piezas anteriores- verlo convertido en monarca perfecto y cabal.

La gran prueba que la vida presenta a Enrique V es el enfrentamiento con Francia en el memorable combate de Agincourt. El ejército inglés es superado numéricamente por su adversario, su armamento es más débil, pero el arrojo personal del joven monarca se enciende en su ansia de honor: "... Cuántos menos seamos, mayor será nuestra gloria. No desco un hombre más. ¡Por Júpiter!" -dice en el cuarto acto-. "No codicio el oro, no me preocupa saber quién vive a mi costa, todos los bienes exteriores nada me importan en absoluto; pero si es pecado ambicionar el honor, soy el mayor pecador del mundo!"

... "Mejor es hacer saber al ejército que el que sienta desfallecer su valor puede irse. Se le firmará un pasaporte y se le pagará regiamente el viaje. ... Hoy es el día de San Crispín. El que vuelva salvo a su casa, después del combate, experimentará una noble satisfacción al hablar con orgullo de esta fiesta y de este santo. ..." Y, mostrando sus cicatrices, dirá: "Me hirieron el día de San Crispín".

... "Somos muy pocos, unos cuantos afortunados, unos pocos hermanos pues al que hoy vierta su sangre conmigo lo declaro mi hermano; por vil que sea su condición, este día será su ejecutoria. ¡Los nobles que se quedaron en Inglaterra se creerán malditos por no haber estado aquí!"

Y la historia confirmó sus palabras.

Pero, en la mañana del encuentro, el rey es atormentado por el recuerdo del crimen de su padre, y en un rincón del campamento habla a Dios diciendo:

"¡Oh Dios de las batallas! ¡Templa el corazón de mis soldados! ¡Aparta de

ellos el miedo! Impídeles que pudieran calcular el número de enemigos, para que no pierdan el ánimo. ¡Olvida hoy la falta de mi padre cometió para apoderarse de la corona! He enterrado el cuerpo de Ricardo y he derramado más lágrimas de arrepentimiento sobre su sepulcro que gotas de sangre le hizo derramar la violencia. Doy limosnas a los pobres para que, cada uno, dos veces al día, eleve al Cielo sus manos solicitando perdón por la sangre vertida. ... Y aún haré más, aunque todo me servirá de poco, ya que me veo obligado a pedir perdón con dolorido arrepentimiento".

Después de la victoria, el buen rey busca una reconciliación con Francia, y llega a cortejar a la princesa Catalina con la franqueza y el vocabulario rústico y coloquial con que un molinero de Stratford hubiera hecho el amor a una florista, lo cual divierte y encanta al auditorio inglés.

Esta obra es, en verdad, un intervalo brillante en el cual la maldición que pesaba sobre el reino parece estar en suspenso. Pero la desdichada y prematura muerte del buen rey deja en el trono a un monarca -niño- el débil Enrique VI, arrastrado en la vorágine de las guerras civiles y a una viuda muy joven. Esta fue la princesa que, casada más tarde con Owen Tudor, fue raíz de la casa reinante en tiempos de Shakespeare. Quizás sea por ello que el autor habla de la princesa de Francia con gran respeto y que su padre, el Rey, es tratado siempre con dignidad suma.

La última obra de este vasto fresco histórico es el "Enrique VIII", que según la crítica reciente, fue escrito con posterioridad, cuando ya había muerto Isabel I, hija de aquel monarca. Pero aun así, Shakespeare no tenía libertad para juzgar a tan poderosa figura. Lo que en la obra descuellan es el respeto y la caballerosidad con que es presentada la reina Catalina, hija de los Reyes Católicos, esposa ejemplar, humillada y repudiada cruelmente por Enrique VIII.

\*\*\*\*\*

En sus tetralogías, Shakespeare hizo desfilar siglos turbulentos: una aristocracia díscola y llena de ambiciones, reyes crueles y reyes sufrientes, mujeres que vieron a sus hijos cautivos o ajusticiados.

Y de todo este cortejo, surge única la silueta de Enrique V. No destaca por un gran talento, ni una energía excepcional, ni una virtud heroica. Recto, humano y compasivo es, simplemente, un buen rey.